

DE LA SABIDURÍA DEL ARQUITECTO

Estima de Salomón por la Sabiduría

7:7 Por eso oré, y me fue dada la prudencia,
supliqué, y descendió sobre mí el espíritu de la Sabiduría.

7:8 La preferí a los cetros y a los tronos,
y tuve por nada las riquezas en comparación con ella.

7:9 No la igualé a la piedra más preciosa,
porque todo el oro, comparado con ella, es un poco de arena;
y la plata, a su lado, será considerada como barro.

7:10 La amé más que a la salud y a la hermosura,
y la quise más que a la luz del día,
porque su resplandor no tiene ocaso.

7:11 Junto con ella me vinieron todos los bienes,
y ella tenía en sus manos una riqueza incalculable.

Libro de la Sabiduría, cap. 7

T.S. Eliot hace una precisa distinción entre información, conocimiento y sabiduría. Primero en su poema *Coros de la roca*, de 1934, y luego en su paradigmático ensayo *¿Qué es un clásico?*, el texto del discurso magistral que pronunció ante la Sociedad Virgiliana de Londres el 16 de octubre de 1944.

En *Choruses from the rock* escribe:

Where is the wisdom we have lost in knowledge?
Where is the knowledge we have lost in information?

¿Dónde está la sabiduría que hemos perdido en conocimiento? ¿Dónde está el conocimiento que hemos perdido en información? (traducción de Jorge Luis Borges)

Y en *What is a Classic?* escribe:

In our age, when men seem more than ever prone to confuse wisdom with knowledge, and knowledge with information.

En esta época nuestra en la que los hombres son más propensos que nunca a confundir la sabiduría con el conocimiento y el conocimiento con la información.

Cada vez soy más ferviente admirador de T.S. Eliot. A lo mejor por las mismas razones que nos da Octavio Paz en su discurso de aceptación del premio T.S.

Eliot: *el imán que me atrajo fue la excelencia del poema, el rigor de su construcción, la hondura de la visión, la variedad de sus partes y la admirable unidad del conjunto.*

T.S. Eliot era un verdadero sabio, además de un maravilloso poeta, un poeta sabio. Porque debo confesar, atrevida confesión, que a mí, que sólo sé que no sé nada, lo que me gustaría es llegar a ser un arquitecto sabio, como lo fueron mis maestros. Y de la misma manera que al hablar de la Belleza les digo a mis alumnos que ellos, como arquitectos, también pueden alcanzar la Belleza que no está reservada a unos seres especiales, ahora también les digo que pueden llegar a ser sabios. Que pueden alcanzar la Sabiduría. Intentaré explicarme.

Tener toda la información está muy bien, porque si después la filtramos y la ordenamos con criterio, podemos llegar al conocimiento. *Es una persona con grandes conocimientos*, decimos a veces de alguien. Pero esto no basta. Porque, después, si no se es capaz de procesar esos conocimientos, no sirven para nada. Pero si los “cocinamos”, si los elaboramos con un fin preciso, es cuando se activan, cuando se vuelven verdaderamente útiles. Que es lo que hacen los sabios.

Estoy convencido de que, igual que la Belleza, la Sabiduría no está reservada sólo a unos pocos. Todos los sabios que he conocido coinciden en ser, en lo personal, normales, sencillos, próximos, en una palabra, humildes.

INFORMACIÓN

Hoy día tenemos más fuentes de información que nunca, a través de los medios informáticos. Nunca he sabido dónde están metidos esos miles de personas que producen y ordenan y ponen a nuestra disposición esa cantidad tal de información. GOOGLE y sus congéneres son admirables. Disponen y nos hacen disponer de una información exhaustiva y ordenada que hace que algunos piensen que ya no son imprescindibles las Bibliotecas. Aunque esto nunca pueda ni deba ser así. Pero si la Biblioteca de Alejandría ardiera, bastaría que alguien hubiera tenido la precaución y la paciencia de almacenar toda esa información digitalizada y que ocupa tan poco espacio físico, para que el desastre tuviera remedio.

Recuerdo mi último año sabático en Columbia University en Nueva York. Todos los días pasaba un tiempo largo, estudiando, en su estupenda Avery Library, que es donde tiene su sede la Escuela de Arquitectura. Yo era el único que tenía libros sobre mi mesa y que escribía a mano, llenando mis libretas con presura. El resto, en un silencio sepulcral, estaba sumido en sus ordenadores, aislado con sus auriculares, e iluminado por la luz divina de sus pantallas. Jamás vi a nadie levantarse a consultar ningún libro, ni escribiendo nada a mano.

Y toda esa información abrumadora está ahora a disposición de los millones de usuarios, de personas que la mayoría de las veces pierden el tiempo con tonterías en sus iPad, iPhone y iPod.

Porque la información no deja de ser sencillamente información. Si no se procesa, permanece como un material inerte. Quizás sirve para hacer de alguien un erudito. En la escala del saber, conocer y entender, se quedan en los primeros escalones.

CONOCIMIENTO

Pero si la información se procesa, se ordena, se elabora, se accede al estadio siguiente que es el conocimiento.

Siempre que escribo algún texto, lo primero que hago es preparar un guion. Claro que antes he de encontrar una buena excusa para acometer ese tema. En este caso, la lectura del maravilloso texto de T.S. Eliot *¿Qué es un clásico?* que casualmente, me regalaron dos veces en una misma semana, en una preciosa edición pequeñita de la Universidad Nacional Autónoma de México de 2013.

Cuando, teniendo una gran cantidad de información, y tras guardarla en nuestra memoria, se estudia y se empieza a ponerla en relación, se acaba teniendo un cierto conocimiento sobre el tema de que se trata. Lo que siempre hemos entendido como estudiar un tema.

Y así, entiendo que una Escuela, en mi caso una Escuela de Arquitectura, es un instrumento no sólo de transmisión de la información sino también de su elaboración. Es un instrumento para la creación de conocimientos, y para su transmisión. Como el café en grano, que necesita ser seleccionado, tostado, molido, y filtrado con agua caliente hasta obtener el delicioso brebaje. Y, quizás, tras la ingestión de ese café estupendo, las neuronas se despierten y hasta hagan llegar a la sabiduría.

Llevo varios años estudiando las Meditaciones de Marco Aurelio, el texto que nuestro estoico emperador escribió en griego. Tengo ya 44 ediciones distintas en varias lenguas, y huelga decirles el enorme disfrute que me produce cada vez que entro allí. Pero les aseguro que todavía “no sé nada” sobre tan sorprendente personaje, ni sobre su obra, aunque ya me haya atrevido a publicar algo sobre él y sobre las numerosas ediciones de ese texto maravilloso.

Recuerdo que de niño, siempre veía a mi padre estudiando. Y yo me preguntaba: con lo que sabe ¿por qué sigue estudiando? Mi padre era cirujano y fue un tiempo auxiliar del Catedrático de Anatomía de la Facultad de Medicina de Valladolid. Su expediente era brillantísimo. Y él era un verdadero

sabio que nos dio ejemplo toda su vida, sin dejar nunca de estudiar. Lo que yo, ahora, procuro no dejar de hacer.

El conocimiento es la ciencia, un saber que, a partir de muchos datos, y combinando inducción y deducción, no me dice lo que es, sino lo que puedo hacer. La ciencia me dice lo que puedo hacer, pero no lo que debo hacer. Así se expresa Emilio Lamo de Espinosa en un claro artículo sobre información, ciencia y sabiduría. Del sentido último de nuestra existencia se encarga la sabiduría. Sin sabiduría, la ciencia no pasa de ser un archivo de instrumentos. Y termina con un *Vivimos anegados de información, con sólidos conocimientos científicos, pero ayunos casi por completo de sabiduría.*

SABIDURÍA

Siguiendo a T.S. Eliot, tras la información y el conocimiento, viene la sabiduría. Pero, ¿qué es realmente ser sabio? ¿Saberlo todo de todo? ¿Saberlo todo de algo? Porque tras conocer una gran cantidad de cosas de alguna materia, podríamos dar un paso más, deberíamos llegar a algo más.

Quizá sería algo parecido al diagnóstico de un médico. Tras tener toda la información del enfermo, y filtrada por los conocimientos del doctor, todo debería desembocar en un diagnóstico preciso, capaz de solucionar el problema.

En el Libro de los Reyes, se nos cuenta cómo el joven rey Salomón le pide a Dios un oído atento, y cómo Dios le concede el don de la Sabiduría. *Ahora, Señor mi Dios, me has hecho rey en lugar de mi padre David. No soy más que un muchacho, y apenas sé cómo comportarme. Yo te ruego que le des a tu siervo discernimiento para gobernar a tu pueblo y para distinguir entre el bien y el mal.*

A Dios le agradó que Salomón hubiera hecho esa petición, de modo que le dijo: *Como has pedido esto, y no larga vida ni riquezas para ti, ni has pedido la muerte de tus enemigos, sino discernimiento para administrar justicia, voy a concederte lo que has pedido. Te daré un corazón sabio y prudente, como nadie antes de ti lo ha tenido ni lo tendrá después.*

Por eso, cuando hablamos de sabiduría, no podemos dejar de citar al rey Salomón, al sabio Salomón. La sabiduría como capacidad de discernimiento.

Claro que, además de la sabiduría del docto doctor acertando en su diagnóstico, o de la sabiduría concedida por Dios a Salomón, a mí se me viene a la memoria la sabiduría de mi amigo García Márquez en su preciosísimo texto siempre visitable de El Cataclismo de Damocles, donde nos propone que: “con lo que costará una sola ojiva nuclear, alcanzaría, aunque sólo fuera por un

domingo de otoño, para perfumar de sándalo las cataratas del Niágara”. Si esto no es sabiduría, ¡venga Dios y lo vea!

DE LA SABIDURÍA DE LA ARQUITECTURA

Claro que algunos de ustedes dirá: ¿qué hace un arquitecto hablando sobre la sabiduría? ¿Por qué? ¿Para qué? Lo hago porque, entre otras muchas razones, creo que para hacer la mejor arquitectura posible, hace falta ser sabio. El que sólo sabe de medicina, ni de medicina sabe, decía Marañón. Pues, el que sólo sabe de arquitectura, ni de arquitectura sabe, digo yo.

Recuerdo bien a mis maestros, a los arquitectos que fueron mis profesores en la Escuela de Arquitectura de Madrid, que eran verdaderamente sabios. Que bien sabían discernir acerca de la arquitectura. Unían a su condición de profesores la de ser unos arquitectos extraordinarios. Eran unos verdaderos maestros. Sus críticas de Proyectos eran clases donde hablaban de todo. De su repleto pozo de sabiduría emergía la Filosofía o la Historia o la Música o la Poesía, de la manera más natural. Aquello era algo más que información y mucho más que sólo conocimiento. Aquello era sabiduría.

Y es que aquellos maestros eran sabios. Francisco Javier Sáenz de Oíza en sus clases apocalípticas, Alejandro de la Sota en sus clases calladas, Javier Carvajal en sus clases precisas y Julio Cano Lasso en sus clases preciosas. Y Miguel Fisac y José Antonio Coderch, en sus clases sin clases. Todos ellos eran verdaderos sabios. Todos ellos tenían capacidad de discernimiento sobre la arquitectura, y sobre la vida. De cada uno de ellos, empleando esa expresión tan española, se podía decir que era un pozo de sabiduría. Ya me gustaría a mí parecerme a ellos.

He publicado hace poco un texto sobre el *Proyectar es Investigar: un proyecto de arquitectura es un trabajo de investigación*. Porque creo firmemente que es así. Querría que ese escrito, como éste, fueran como cargas de profundidad. En aquel texto describo cómo, hace ya más de 30 años, me atreví a presentar en mis oposiciones a Cátedra un proyecto mío en construcción, la Biblioteca de Orihuela, como trabajo de investigación. Y todos los miembros de aquel generoso tribunal, con Oíza y Carvajal a la cabeza, llenos de sabiduría, lo entendieron perfectamente y lo aceptaron como tal trabajo de investigación.

FINALE

Para hacer las cosas de la mejor manera posible en la vida, en todos los campos, también en la arquitectura, deberíamos intentar acercarnos a la sabiduría, procurar ser sabios. No sólo tener toda la información, no sólo elaborarla y adquirir el conocimiento, sino sobre todo, luego, siempre, estudiar

y discernir para, llegando a la alcanzable sabiduría, hacerlo como el mejor, o mejor que el mejor.

Y si hemos comenzado de la mano de T.S. Eliot, también vamos a hacerlo ahora. Porque en definitiva, ese ser sabios no es más que conseguir conjugar el tiempo, presente, pasado y futuro. Lo que el poeta nos propone en Burt Norton, el primero de sus Four Quartets:

Time present and time past / are both perhaps present in time future / and time future contained in time past. / If all time is eternally present / all time is unredeemable.

*El tiempo presente y el tiempo pasado
Quizás estén ambos en el tiempo futuro
Y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado
Si todo el tiempo es eternamente presente
Todo tiempo es irrecuperable*

<http://bracchiumforte.com/PDFs/tseliot.pdf>